



Anamaria McCarthy

La mujer y el islam: descorriendo el velo

LEYLA BARTET*

Mahoma, lejos de haber inventado la poligamia la reprimió y restringió (...) Las damas irán al paraíso al igual y con el mismo derecho que los caballeros (...) y allí seguramente harán el amor, aunque de manera distinta a la nuestra.

VOLTAIRE, *Questions sur l'Encyclopédie* (1770)

En el texto que citamos Voltaire, con gran perspicacia y adelantándose a la crítica del orientalismo que siglos después realizara Edward Said,¹ se refiere más adelante a la islamofobia de los monjes cronistas que criticaron la toma de Constantinopla por los turcos en 1453: “Son los monjes, dice, en su guerra contra los musulmanes que tomaron Constantinopla, quienes afirmaron lo que el Corán no afirma: a saber, que todas las mujeres

son esclavas, que no poseen ningún bien en este mundo y que no tienen espacio reservado en el paraíso. Todo esto es de una falsedad evidente”.

Resulta estimulante imaginar al filósofo de la Ilustración cuestionando las aproximaciones al tema ya en la segunda mitad del siglo XVIII. Más de un republicano francés debería releer a sus clásicos.

En efecto, resulta difícil abordar el “problema” de la mujer en el islam sin contextualizar el tema en el marco del discurso occidental sobre la arabidad en general y la religión musulmana en particular. “En la esfera pública hay muy poco conocimiento positivo del mundo islámico y persisten esas imágenes enormemente negativas que circulan en todas partes: los estereotipos de un pueblo lujurioso, vengativo, violento, irracional y

* Socióloga y escritora peruana. Es autora de numerosos ensayos sobre el mundo árabe. Sus más recientes publicaciones son *La huella árabe en el Perú* (coautora con Farid Kahhat. Lima: Fondo Editorial del Congreso 2010), *Memorias de cedro y olivo. La inmigración árabe al Perú de 1885 a 1985* (Lima: Fondo Editorial del Congreso, 2.ª edición, 2011) y *Las fronteras disueltas. Voces árabes en el Perú* (Lima: Fondo Editorial del Congreso / Club Unión Árabe Palestino, 2011). Además es autora de varios libros de narrativa.

1 *Orientalismo. Oriente en el espejo de Occidente* (2007).

fanático persisten”, afirma Edward Said en uno de sus últimos artículos.²

Volviendo al tema que nos ocupa, habría que empezar por preguntarse qué entendemos por violencia de género en el mundo musulmán, pues el de género es un discurso que teje redes dialécticas con los diversos elementos que constituyen el discurso global sobre el Oriente y que le deben más a la diabolización de la diferencia que a un análisis objetivo del asunto. Si por “violencia” entendemos no solo la escisión,³ la lapidación y los castigos corporales públicos y/o privados, prácticas todas anteriores al islam y recogidas solo por algunas de sus ramas integristas, sino las libertades individuales, el derecho a la educación y al trabajo digno, la igualdad frente a las leyes, la mujer musulmana no está necesariamente peor que en otros países del mundo cristiano.

Por ejemplo, si tomamos como referencia el acceso a la educación, los informes de la UNESCO⁴ al respecto pueden sorprender a más de uno: los mayores progresos en el campo de la educación dentro de los países en desarrollo han sido aquellos logrados en países musulmanes. De hecho, el primer lugar lo ocupa Azerbaiyán. Irán, Siria (en cifras anteriores al inicio de la guerra), Iraq (según indicadores anteriores a la intervención estadounidense), pero también Jordania, Kuwait, Indonesia, Kazajistán, Marruecos y Túnez alcanzaron ya la paridad de género en la educación primaria,

aunque todavía requieren esfuerzos para alcanzarla en la secundaria. Pocos saben o imaginan que Irán, el mismo del negro chador que vela los cuerpos femeninos de la mirada ajena, presenta un porcentaje de más de 50% de mujeres en sus aulas universitarias.⁵

Sin embargo no es aún tiempo de cantar victoria para las feministas musulmanas. Muchas, como la marroquí Fátima Mernissi, explican que, a pesar de los notables avances en la legislación sobre la familia y el divorcio, en el acceso a la educación y al trabajo, aún persiste una gran distancia entre la teoría y la práctica. Las tradiciones y valores patriarcales no mueren fácilmente. La vida cotidiana se rige por reglas tácitas que resulta muy difícil controlar. Vale la pena citar las modificaciones del código de la familia introducidas por el Rey Mohamed VI en el año 2003. En la nueva legislación la célula familiar aparece como responsabilidad compartida por ambos cónyuges, la edad legal del matrimonio ha aumentado a los 18 años, el divorcio puede ser solicitado

2 Diario *El País*, 3 de octubre de 2001.

3 Ablación del clítoris que se acompaña a veces del cierre parcial de los labios vulvares. Es una práctica que persiste en algunos países africanos como Sudán, Egipto, países de África subsahariana y de Asia, como Indonesia.

4 *Enseñanza y aprendizaje. Lograr la calidad para todos*. Informe de seguimiento de la Educación Para Todos (EPT) en el Mundo. Unesco 2013-2014.

5 Como referencia vale la pena recordar que en vísperas de la caída del laico sha Reza Pahlavi la tasa de escolarización infantil femenina era de 54% (1976). Tras la Revolución Islámica, donde la mujer jugó un papel fundamental, la cifra de escolarización de niñas pasó a 89% en 1996.



mediatecaho.wordpress.com

De sangre turca y educación europea, Orhan Pamuk encarna el encuentro entre Oriente y Occidente.

por cualquiera de las partes, la tutela matrimonial que exigía a todas las mujeres un tutor masculino para casarse o viajar dejó de ser obligatoria, y la tutela de los hijos puede recaer en la madre tanto como en el padre. Pero —todos lo sabemos— una cosa es la ley y otra su aplicación. Los jueces, que suelen ser hombres, propugnan fallos que llevan las marcas de su pertenencia al “primer sexo”, para utilizar términos de Simone de Beauvoir.

LOS FANTASMAS DEL ISLAM

El imaginario occidental se apoya en dos elementos que constituyen verdaderos

pilares de su islamofobia: el uso del velo y las violencias físicas (escisión, mutilación, lapidación). Esta visión se ha visto potenciada en los últimos años por la presencia de minorías musulmanas cada vez más visibles en Europa, y aunque en América Latina estamos lejos de tener una inmigración presente que merezca atención, siempre nos hemos caracterizado por recoger como propias las preocupaciones del mundo desarrollado.

El fantasma del chador

Existen varios tipos de velo en los países islámicos, sean o no árabes, así como variantes en su forma y uso. Los más



Malala conmovió al mundo al ser baleada por osar ir a la escuela. (Foto: ideastream.org)

conocidos son el *hidyab*, pañuelo a veces muy colorido que cubre la cabeza y deja, a voluntad de la usuaria, más o menos cabello visible, recordando el uso de moda en los años sesenta (Brigitte Bardot, Gina Lollobrigida y otras estrellas de Hollywood como Grace Kelly lo llevaron). El *niquab*, de uso en los países del Golfo y en Arabia Saudita, llevado también por las mujeres de los grupos fundamentalistas. Suele ser negro y deja solo los ojos a la luz.

El *chador*, de usanza esencialmente iraní, es un largo manto negro que cubre el cuerpo y la cabeza pero deja el rostro a la vista. Se trata de una vestimenta más bien rural y de uso en los medios más desfavorecidos, donde cubre la pobreza del atuendo. La *burka*, usada en Afganistán, suele ser de color azul y cubre íntegramente a la mujer, que solo puede ver el mundo a través de una rejilla de tela situada a la altura de los ojos. Una variante en negro y con

velo en los ojos puede verse también en Arabia Saudita.

Sin embargo, más allá del celo extremo en la protección del cuerpo femenino, existe otra lectura del uso del velo que vale la pena tomar en cuenta. Sin duda, la cuestión de la mujer juega un papel central en el pensamiento islamista pero también en las sociedades contemporáneas en su conjunto. En el marco de la teoría desarrollada por Gilles Kepel y otros islamólogos europeos, el islamismo radical sería un esfuerzo del pensamiento musulmán para adaptarse y acceder a la modernidad;⁶ en esta lógica, los pensadores islamistas aceptan el ascenso social de la mujer pero rechazan la mixidad y exigen que ellas se cubran para salir y trabajar. En este sentido, los neofundamentalistas prefieren, como los saudíes, el encierro tradicional (*pardah*) a la circulación en el exterior, aunque las mujeres se velen. Las musulmanas practicantes y modernas de hoy llevan el *hidayab* pero son doctoras e ingenieras, integran la vida activa sin problema. Así, el resurgimiento de partidos políticos islamistas le ha dado presencia a miles de jóvenes que llenan las universidades, los laboratorios o los

ministerios. Antes eran invisibles porque permanecían encerradas en sus casas. Hay en el gesto de cubrirse la cabeza una voluntad de afirmar una identidad —la islámica— sin renunciar a las aspiraciones personales y sociales de una formación profesional. Los movimientos islamistas que han sabido abrir esta compuerta cuentan hoy en sus filas con muchas mujeres que han realizado una doble ruptura: con el fundamentalismo tradicionalista que propugnaba la ignorancia y el encierro, y con la modernidad laica occidental que, a sus ojos, carece de la autenticidad de sus raíces. Esta conversión ocurre muchas veces sin la menor presión familiar. Nadie las obliga a cubrirse. Lo hacen por convicción.

Una mirada a la literatura de género ilustra bien los contrastes y diferencias entre un país y otro. Entre las chicas de Riad y las mujeres de Kabul⁷ hay grandes diferencias. En su libro *Las chicas de Riad* (Emecé 2007), Rajaa Alsanea se queja de no poder acceder al mundo que gracias a internet ella y tres amigas más han empezado a descubrir (¡vivan las TIC!) y expresan sus deseos y ambiciones, no muy distintas de las de cualquier joven de su edad en el mundo.

Por otra parte, en el país más abierto del Levante, la poeta y periodista libanesa Joumana Haddad, ganadora de numerosos premios internacionales y responsable de la sección cultural del diario *An Nahar*,

6 Kepel, Gilles, *La revanche de Dieu. Juifs, chrétiens et musulmans à la conquête du monde*. París: Ed. Le Seuil, 2007.

7 Sobre la situación de las mujeres afganas en las zonas rurales, véase la excelente novela del escritor y cineasta Atiq Rahimi *Syngue sabur, la piedra de la paciencia*, premio Goncourt de novela en 2008.

no le teme al erotismo y se expresa con un lenguaje que nada tiene que envidiarle a nuestras Doris Moromisato o Carmen Ollé. La obra de Haddad demuestra que los valores patriarcales de la sociedad beirutí están muy cerca de aquellos de más de un país de América Latina.

La violencia física

En cuanto a la violencia física, vale la pena recordar que contrariamente a la Biblia, el Corán no menciona la lapidación aunque condena el adulterio. Son las tradiciones orales del profeta (hadith) elaboradas mucho después de su muerte las que evocan este punto. La lapidación, que se aplica en casos explícitos de adulterio, constituye una práctica que ha caído en desuso, salvo en algunos países como Arabia Saudita. Aunque poco practicada, no ha sido condenada por ninguna autoridad religiosa. Un islamólogo moderno, Tariq Ramadan,⁸ descendiente del fundador de los Hermanos Musulmanes egipcios Hassan el-Banna, afirma estar en contra del maltrato físico a la mujer, pero entiende que los responsables religiosos no se atreven a prohibirlo e insiste en las dificultades políticas de las sociedades musulmanas para condenar esta práctica. Ramadan pide una “moratoria” de esta

forma de violencia para abrir un amplio debate sobre el tema.

VERDE ES EL ÁRBOL DE LA VIDA

“Gris es la teoría y verde el árbol de oro de la vida”, le dice Mefisto al Fausto de Goethe. Y en efecto, más útil que analizar los textos coránicos y contraponerlos a los hadith, es observar las prácticas, medir más allá del dogma religioso lo que ha cambiado en la vida y costumbres de las mujeres musulmanas. En la actualidad resulta evidente que a pesar de la fuerte resistencia de los defensores de los valores patriarcales, las mujeres musulmanas se emancipan; olvidemos el uso del velo en su acepción simplista de síntoma de sumisión. El *hidyab* ha hecho posible su importante integración a la educación, al mundo laboral y a la política. Varias mujeres han logrado ejercer altos cargos políticos en países como Bangladesh, Indonesia o Pakistán y nadie ignora el poder de la Sheikha Moza en Qatar. Para todas, la posibilidad de trabajar fuera del domicilio y el control de la natalidad se ha convertido en una realidad bastante tangible.

No olvidemos que ninguna religión monoteísta está libre de culpa en lo que a misoginia se refiere. Dejemos que en este mundo globalizado donde el acceso a la información es cada vez más tangible y la informática abre puertas imprevistas, la mujer islámica gane por sí misma los espacios que merece. ■

8 Ramadan es profesor en la cátedra de estudios islámicos contemporáneos en la Universidad de Oxford y autor de diversas obras que propugnan un *aggiornamento* del islam como *El otro en nosotros. Por una filosofía del pluralismo*.